

6000



LOS GUERRILLEROS ROJOS
DE EXTREMADURA

LA BANDERA ROJA

PRIMERA NARRACION

LOS GUERRILLEROS ROJOS DE EXTREMADURA

Ocho narraciones históricas, por LAZARO

- 1.^a La bandera roja.
- 2.^a El castillo de la Zagala.
- 3.^a Cinco mujeres rojas.
- 4.^a El ataque de los «nacionales».
- 5.^a Los lobos.
- 6.^a Sierra de Monsalud.
- 7.^a El tren de los italianos.
- 8.^a Un molino junto al Guadiana.

TEATROS DEL FRENTE
COMISARIADO GENERAL DE GUERRA
SUBCOMISARIADO DE PROPAGANDA

LOS GUERRILLEROS ROJOS DE EXTREMADURA

PROLOGO

Más allá de nuestros puestos avanzados, más allá del primer parapeto en que los fusiles del Ejército del Pueblo marcan la frontera de la España antifascista, más allá de la retaguardia de los ejércitos de Franco, Hitler y Mussolini, unos hombres valerosos mantienen enhiesta su indomable fe revolucionaria, por encima del oleaje de la traición que todo lo sumergió: ¡los guerrilleros de Extremadura! Un guerrillero es un soldado sin más apoyo que su propio heroísmo. No sabe de teorías militares; no ha estudiado táctica ni estrategia: no está encuadrado por técnicos del arte de la guerra; no cuenta con servicios regulares de transporte, de intendencia y de municionamiento... No cuenta con más recursos que los que le proporcionan su astucia o su audacia. Es el tábano que pica, vuela, vuelve, zumba y enloquece al

toro bravo; es el aguijón de la avispa solitaria que se clava por sorpresa y desazona al gigante; es el pequeño David capaz de descalabrar a Goliath. Así pelearon el Empecinado y Mina frente a los ejércitos del mayor genio militar de los tiempos modernos: Napoleón Bonaparte. Así pelearon Viriato y sus celtíberos frente a las legiones invencibles de Roma. Así han peleado algunos centenares de campesinos extremeños frente a los ejércitos motorizados de Franco y frente a la guardia civil dedicada al exterminio de los trabajadores marxistas. El relato de sus proezas y de sus tragedias llenará muchas horas, durante muchas generaciones españolas, al amor de la lumbre, en las largas noches invernales. Yo quiero contaros unas pocas, las que caben en una breve charla de vanguardia, en el paréntesis de dos combates.

LA BANDERA ROJA

Hombres.—Los nombres de los Guerrilleros Rojos de Extremadura van a sonar en vuestros oídos por primera vez. No han figurado hasta ahora en ningún parte de guerra. Son trabajadores a los que sorprendió el 18 de Julio empuñando la hoz o aventando el trigo de las parvas; como a muchos de vosotros.

¿Quién, fuera de Alburquerque, había oído hablar de Hermenegildo Bautista, el «Morao»? A Francisco Coorea, el «Teto», solamente lo conocían en San Vicente de Alcántara, mientras que la fama de Aquilino Bocho no había rebasado el término de Almendral. Mariano Flores ya era más personaje, como lo demuestra el hecho de haber sido nombrado alcalde de Talavera la Real a raíz del triunfo del Frente Popular. Estos cuatro nombres sólo figuraban en los ficheros de la Federación Española de Trabajadores de la Tierra y en las listas negras de los sentenciados a muerte por la guardia civil y los terratenientes que iban a sublevarse, alentados por Hitler y ayudados por Mussolini.

La invasión.—Todos recordaréis —¿cómo no, si sois muchos los que lleváis en vuestra carne las cicatrices de

su metralla?— aquella columna motorizada, compuesta de legionarios asesinos y de moros sedientos de botín que avanzó desde Sevilla sobre Mérida, Badajoz, Naval-moral de la Mata y Toledo, con su descubierta de tanques italianos y trimotores alemanes.

Hubo muchos pueblos extremeños, en los que los campesinos socialistas y comunistas habían aplastado en Julio los intentos de sublevación de la guardia civil y de los falangistas locales, que quedaron emparedados entre la carretera de Sevilla a Cáceres, fuertemente guarnecida de tropas facciosas, y la frontera de Portugal.

Columnas de falangistas y de guardias civiles fueron tomándolos uno a uno. Los campesinos contaban sólo con algunas viejas escopetas y los pocos fusiles arrebatados a los destacamentos de la guardia civil. Cada pueblo que tomaban los del tricornio y los del haz de flechas quedaba convertido en un matadero; al cabo de muy pocas noches —porque buscaban las sombras de la noche para cebarse en sangre, como las hienas, como los chacales, como los tigres—, no quedaban en los pueblos más que ancianos, viudas y huérfanos de trabajadores.

Crímenes.—Ni siquiera respetaban a los niños; ni siquiera consentían que las viudas desahogasen en llanto su congoja. Los huérfanos se veían obligados a engullir grandes dosis de ricino, entre la chacota de los señoritos y de los civiles: «Púrgate, caga tu comunismo...», les vociferaba el cura echándolos a la calle con un puntapié. En Alburquerque, falangistas y requetés se llevaron al baile a un centenar de viudas de trabajadores que aca-

baban de asesinar. «A la que llore la fusilamos...», les gritaba el jefe, dándole al manubrio del organillo... En el mismo pueblo mataron a un compañero sindicalista y a su mujer; quiso recoger a sus tres huérfanos un



hermano de ésta, pero dieron un pregón que nadie los recogiese y durante muchos días anduvieron acurrucados en los quicios de las puertas como cachorrillos desamparados...

Fascistas.—El «Morao» era un trabajador de Alburquerque, militante de las Juventudes Unificadas; le llamaban así porque su cara sanguínea, atezada por la vida en el

monte y ennegrecida por el sol, tiene el color de las moras cuando empiezan a madurar. Su nombre es Hermenegildo Bautista. El día 20 de Julio, dominado Albuquerque por los trabajadores, había subido a la sierra, a pocos kilómetros de la raya de Portugal, con el «Guerrina» y se habían puesto a cortar la corcha de los alcornoques. A la hora de comer bajaron a un manantial que había cerca del camino que va a la frontera. En esto aparecieron a campo traviesa varios hombres y una mujer. Por su aspecto parecían fugitivos; la mujer y uno de los hombres tendrían 50 años, los otros eran jóvenes. Hicieron alto, sin ver a los trabajadores. La mujer se descalzó y se metió en un charco, poniéndose a beber ávidamente del agua cenagosa. El «Morao» se puso en pie y le gritó: «Compañera, compañera... no bebas de esa agua estancada. Aquí hay una fuente». Los desconocidos se acercaron, la mujer sació su sed en el manantial; los hombres espiaban el camino, como si ventearan un peligro. «Vamos ya, padre», dijo el más joven. «Espera un poco, que tu madre no puede más».

El «Morao» partió con ellos el pan y el queso que era toda su comida. Bebieron de su vino. «¿Está cerca la frontera?», preguntó la mujer. «Cogiendo esta trocha tropezarán ustedes con los guardiñas portugueses antes de un cuarto de hora». Al ir a montar en las bestias sacó el hombre de más edad una magnífica pistola: «Tómala, muchacho. Yo no la necesito ya.» Otro de los hombres agregó: «Ahí queda en una encina mi pistola ametralladora. Yo me voy a entregar a los guardiñas.» Se fueron. El «Morao» preguntó al «Guerrina»: «¿Qué gentes serán éstas?» El «Guerrina» se encogió de hombros: «Déjalos



dir.» No habían desaparecido aun entre los alcornoques cuando llegó un tropel de compañeros de Albuquerque armados de escopetas y carabinas. «Oye, «Morao», ¿han pasado por aquí seis hombres y una mujer?» «¿Qué queréis con ellos?» «Matarlos, porque son los tíos más criminales que ha parido madre.» El «Morao» se quedó cortado y balbuceó : «¿De veras?» «Son los Iglesias, padre e hijo, jefes de la guardia civil, que asesinaron, martirizaron y encarcelaron a tantos centenares de trabajadores cuando

la huelga grande de los campesinos y cuando la revolución de Octubre.» El «Morao» saltó como una perra que oye gemir a sus cachorros. «Por ahí, por esta trocha han tirao hacia la frontera.» Y se lanzó en el rastro. Se oyeron tiros entre los canchales, alaridos de terror por encima de las copas de los alcornoques. El «Morao» no hizo fuego, aunque el dedo le temblaba con ansias de morder el gatillo. ¡No lo iba a matar con su propia pistola! Recogió del suelo al padre mal herido, lo llevó a la vera del manantial, le dió de beber haciendo cuenco de sus propias manos. Volvieron los demás con la mujer, que estaba muerta de espanto; se desabrochó el corpiño y empezó a sacar puñados de billetes del Banco de España. Dos gruesos fajos de a mil llevaba en la espalda, sobre la camisa de seda. «Para vosotros, para vosotros»... gemía. El «Morao» se ofendió: «Eso se lo entrega usted al Comité. Nosotros no queremos nada.» El compañero Palomo, que era bueno como el pan e inocente como su nombre, refunfuñó: «A pesar de todo, esto sería una injuria matar a un hombre a sangre fría.» Los llevaron al pueblo. El alcalde —un republicano de izquierda— los puso en la frontera con todo su dinero y los entregó a los guardiñas portuguesas. ¿Hizo bien? ¿Hizo mal? No es hora de hablar de esto.

El lobo.—Cuando Albuquerque quedó aislado y las fuerzas leales se retiraron hasta Medellín y hasta Oropesa, llegaron los verdugos de uniformes verdes y tricornos negros. Los mandaba Agustín Ramos, el lobo, el alma más negra que se ha engendrado en vientre de mujer. El compañero Palomo, bueno como el pan e inocente como su nombre, fué fusilado a sangre fría. El alcalde repu-

blicano huyó. Ramos, el lobo, cogió a la mujer, la llevó al monte, la mató con sus propias manos, dejó el cadáver sobre un canchal, y cuando volvió al pueblo hizo echar un pregón : «¡ Que nadie la entierre !»

Se la comieron los grajos ; despedazaron su cuerpo los lobos, los hermanos de Agustín Ramos, el lobo más car-



nicero que se ha visto jamás por las sierras de Extremadura. Cuando llegó con su cuadrilla a la casa del «Morao» ya el joven campesino había huído a la sierra con su pistola, con la vieja escopeta de su anciano padre y lo mejor de la chacina que colgaba del techo de la humilde casucha familiar. La madre se quedó llorando.

A los pocos días, dando largos rodeos por los bosques de encinas, ocultándose entre las jaras, los brezos y los

madroños, se acercó su padre a la sierra y le dejó dos hogazas de pan en un sitio convenido de antemano. El «Morao» lo vió desde los riscos, en donde tenía su escondrijo. Cuando el viejo desapareció bajó el hijo a recoger los panes. Al día siguiente vió acercarse por el mismo camino a una mujer: su madre. Corrió el hijo saltando por los canchales a su encuentro. «Anoche fusilaron a tu padre. Supieron que te había traído los panes. Lo mató Ramos. Hijo, métete en la sierra del Potrenque. He oído que andan por el Rincón de la Zagala algunos compañeros que tienen fusiles.» El «Morao» besó a su madre antes de marcharse con el ható de panes y el trozo de buen jamón que le había traído. Fué aquel su último beso. También la mató el lobo, también la fusiló Agustín Ramos, por llevar a su hijo fugitivo un pedazo de pan...

La sierra.—La sierra del Potrenque alza su larga cresta de canchales desnudos entre las provincias de Cáceres y Badajoz. Desde los baldíos y desde la llanura, hasta donde empiezan los riscos que son como la cabeza calva de la sierra, suben en negro rebaño apretado las matas de encinas y de alcornoques. Donde no agarran los árboles se multiplica la jara pegajosa, el brezo y las chaparras. En los barrancos inaccesibles buscan la cama para sus lechigadas las jabalinas y por sus laderas pacen en manadas los gamos, venteando el aire del lobo que busca con paso furtivo su presa. En el mes de Septiembre del año 1936 buscaron su salvación, entre los riscos y las fieras, muchos campesinos perseguidos y acosados. Si las fieras hubiesen venteado al Agustín Ramos, jefe de guardias civiles, falangistas y requetés, hubieran huído espantadas.

Perseguidos.—A trescientos metros de la cueva en que se ocultaba el «Morao» se ocultaba en otra cueva Francisco Correa, el «Teto», de San Vicente de Alcántara. Se veían cuando asomaban la cabeza por encima de los riscos para otear el horizonte; pero, ¿qué sabía el uno de las intenciones del otro? La primera condición del perseguido es la desconfianza. En aquellos días en que la muerte se agazapaba detrás de la sonrisa del amigo o en el abrazo fingidamente cordial de cualquier convecino, no había más remedio que recelar de todos. Se tropezaron junto a la fuente que mana más abajo del castillo.

Correa, alto, enjuto, renegrido, forjado en la lucha sindical, perseguido ya cuando la huelga grande de los campesinos, porque era presidente de la sección de Trabajadores de la Tierra, de San Vicente de Alcántara, adivinó que el «Morao» era, como él, un fugitivo. Aquella noche compartieron comida y cueva y se contaron su historia.

El de San Vicente de Alcántara había pretendido atravesar las líneas fascistas. Llegó hasta las orillas del Tajo. ¿Dónde estarían los rojos? Decidió volver. Los cañones alemanes tronaban a lo lejos. Se acercó a su pueblo. Supo que su compañera había dado a luz. A sus hijos los habían hecho objeto de toda clase de vejámenes: la purga de ricino, el paseo por las calles llevando la bandera de Falange, la obligación para el mayorcito de ayudar a misa y de saludar con el brazo extendido... «Mejor sería que me los hubieran matao.» Alguien dió el soplo de su escondrijo, y un día aparecieron seis guardias civiles a caballo. Huyó; salieron persiguiéndole; se metió en una covacha, debajo de un peñasco, donde apenas cabía

acurrucado; tapó la boca con unas zarzas, contuvo la respiración. Pasaron los guardias a caballo, pasó a tres metros el perro que llevaban y que, por verdadera suerte, no tomó el aire del fugitivo. Se oyó llamar hijo de puta, cabrón y asesino... pero se salvó de la muerte segura.

Decidió entonces internarse en la sierra del Potrenque. Pasó unos días en un cortijo. El cortijero le decía: «Guardias civiles y falangistas andan como sabuesos frenéticos a la caza del «Teto». Dicen que es un bandido peligroso, pero desde que he visto fusilar a centenares de trabajadores honrados empiezo a tener mis dudas.» Al despedirse de él Correa le confesó: «Yo soy el «Teto». ¿Crees, compañero, que puedo ser ese bandido que dicen los civiles?» El cortijero le abrazó sin decir palabra, lo cargó de víveres y le dió su rifle, el arma que el Gobernador civil de la provincia le había autorizado a tener porque era hombre de orden. «Diré que me lo has robao... Suerte, compañero, y si has de morir, muere matando.»

El «Teto» y el «Morao» no temieron ya a nada ni a nadie. Esperaron en la fuente a los otros camaradas que solían llegar a ella furtivamente, como los ciervos y como las jabalinas, y se dieron a conocer. Uno de los primeros en llegar fué Mariano Flores, alcalde socialista de Talavera la Real, que capitaneaba un pequeño grupo de trabajadores. Tenían su buena razón para buscar refugio en la sierra. Flores sobre todo. El año 17, cuando la huelga revolucionaria, lo metieron en la cárcel; el 34, a raíz de la huelga grande de los campesinos, Salazar Alonso lo hizo conducir al penal de Burgos; después de lo de Octubre lo condenaron a seis años de presidio. «A los de Talavera la Real fusilarlos sin más», era la orden que

tenían civiles, falangistas y requetés. Los campesinos de Talavera habían desarmado, en los primeros días de la sublevación, al destacamento de la guardia civil que había en el pueblo.

La bandera roja.—Cuando avanzó desde el Sur la columna de legionarios y marroquíes formó Flores un Tribunal Popular y aplicó la ley a los terratenientes que confesaron haber dado una gran suma de dinero para preparar la rebelión fascista. Los civiles se cobraron el ciento por uno; más de seiscientos campesinos y campesinas fueron fusilados sin formación de causa a la entrada de los facciosos en el pueblo. Flores llegó, después de mil peripecias, al Rincón de la Zagala. El «Morao», Correa y Flores reunieron en pocos días veintiún hombres y establecieron su campamento en el castillo que se alza en lo más alto de la cresta de riscos que corona la sierra entre dos cortes profundos que hacen muy difícil el acceso. En la explanada, sobre el árbol más alto, cara a Alburquerque y a las poblaciones extremeñas en que los fascistas imponían su régimen de terror y de sangre, plantaron una bandera roja.

Allí se mantuvo enhiesta durante seis meses, como faro de esperanza a la rosa de los vientos de todos los oprimidos, de todos los perseguidos por el lobo Ramos, por el chacal Moscoso, el de Barcarrota, por los hurones de Falange que cayeron sobre los campesinos socialistas inermes para ahitarse de sangre, para destrozar a dentelladas los corazones honrados que no habían cometido otro delito que anhelar una España en que la tierra sea de quien la trabaja, en la que no haya señoritos holgazanes, ni viudas en desamparo, ni chiquillos desharrapados sin pan

57

y sin escuela. ¡Seis meses ondeó la bandera roja en el castillo de la Zagala! Los corderos se convirtieron en leones; los rojos de la sierra del Potrenque fueron la pesadilla de Queipo, el *speaker* borracho de Sevilla. Cercados por todas partes de enemigos, los Guerrilleros Rojos de Extremadura tuvieron en sobresalto a los lobos del tricornio y a los chacales de «arriba España», a los asesinos y a los explotadores del pueblo, en cien kilómetros a la redonda.

FIN DE LA PRIMERA NARRACION



Editado por el SUBCOMISARIADO DE PROPAGANDA DEL
COMISARIADO GENERAL DE GUERRA.-Plaza de Nules, 2, Valencia

Precio: 30 cts., a beneficio de la formación cultural del Ejército del Pueblo